

CLUB DEL MISTERIO

DAVID ALEXANDER



**SILENCIO
MORGUE**

33

Bart Hardin no tenía muchos indicios que le ayudaran a descubrir al (¿los?) asesinos. Un chanchito alcancía hecho pedazos, un nombre de mujer, una melodía traída por la brisa...

Es cierto que esos elementos no son más que el punto de partida de donde habrá de iniciarse la frenética búsqueda, la enloquecida cacería. Hardin tendrá que recorrer Nueva York desde las mujeres enguantadas en seda de la Quinta Avenida hasta las lavanderas del sórdido Bowery. Pero logrará resolver el macabro rompecabezas simbolizado por los trozos rotos del chanchito alcancía.

Otra novela plena de acción y suspense del celebrado ganador, en dos oportunidades, del Premio Ellery Queen.

ORDEN DE APARICIÓN

de los personajes

BART HARDIN, periodista, un quijote en chaleco de fantasía

PROFESOR TARA, el mejor Consultor Astrológico del mundo

BERTA, la telefonista, usa unos pullovers que...

CAROLYN WILLIAMS, la guerra la dejó viuda. Se consuela con perfumes franceses

JAMES LENNOX, él dice que es secretario, pero...

BILLY BEECHER, un sujeto repulsivo

MADDOX SLADE, fue un montón de cosas raras. Ahora es, bueno, editor

ARLENE SLADE, ahora es una señora honorable. Antes hizo de todo

BETSY FAIRBANKS, perdió mucho tiempo y ahora quiere recuperarlo. Con creces

«COSTILLA DE TERNERA» LARSON, un ascensorista que tiene su propia filosofía

CREEDY, un hombre que sabe más de lo que le conviene

1

Abril: olor a elefante en el centro de Manhattan.

La primavera en la ciudad se anuncia por la apertura del circo en el Madison Square Garden y no por el florecer del azafrán.

Bart Hardin deambulaba por la Octava Avenida, rumbo a la calle Cincuenta y Cinco, donde estaban las oficinas del *Broadway Times*. Como era editor de un periódico dedicado exclusivamente al mundo del deporte y del entretenimiento, vivía en las mismas horas que Broadway. Su día de trabajo no comenzaba hasta mediodía. Pero Hardin había madrugado esta mañana, por lo que andaba haraganeando, dejándose envolver por el aire primaveral y el olorcillo a caza que emanaba del circo.

Pensó: Nueva York tiene tantos olores como un mercado oriental, pero la fragancia de elefantes, en abril, siempre parece nueva y extraña en esta parte de la ciudad. Se impone a los acostumbrados perfumes del venenoso monóxido de carbono, que circula por todos lados, a los cosméticos, a la grasa frita, hasta eclipsa el penetrante olor de los seres humanos de toda la ciudad.

Los que se habían levantado tarde, estaban desayunando con café tibio y jugo sintético de frutas en los mostradores para la venta de naranjada que daban a la calle, mientras olfateaban con disgusto. El aroma de elefante flotaba hacia el este, rumbo a Broadway, por la calle 49 Oeste, un trozo de calzada llamada Jacobs Beach, en recuerdo del desaparecido ciudadano de Broadway que promoviera campeonatos en el Garden.

Hardin miró la calle y sonrió. Esta mañana había un movimiento incesante enfrente de la cigarrería que disimulaba el mayor centro de apuestas de Nueva York, cuartel general de Moe Selig, el zar del juego de Broadway. Los redoblneros, los apostadores de caballos, los managers de boxeo, parecían perturbados por el aroma de elefante, como podrían haber sido perturbados por un soplo de aire fresco: ambos eran poco familiares. Caminaban nerviosos, igual que los animales enjaulados en los sótanos del Garden.

Pero a Hardin casi le gustaba el olorcillo a elefante. Era fuerte, honesto. Era un vaho de la jungla que, sin embargo, le recordaba pueblecitos de la pradera, chicos con caras pecosas esperando, ansiosos, poder entrar a las carpas castigadas por el sol. Pero los chicos de las aldeas de las praderas no volverían a ver el circo. Éste había vendido sus metros y metros de lona, y sólo representaba ante los públicos numerosos de los grandes centros urbanos. El circo, como todo en el mundo del entretenimiento, había llegado a Hollywood. Esa cualidad de asombro, que había sido peculiar en los de provincias, había sido reemplazada por el señuelo del *sex-appeal*. Hasta los elefantes desfilaron con mujeres bonitas, semidesnudas, encaramadas ligeramente sobre sus bamboleantes sillines.

Hardin sentía simpatía por los chicos de las praderas, aunque nunca había vivido en esos lugares. Nació en Broadway, y, salvo dos incursiones en la Marina, toda su vida había ocurrido en aquel mundo frenético. Luego, a pesar de eso, había pensado bastante en las ciudades de la pradera. Quizás, porque Carolyn Williams había llegado de uno de esos puestos de abastecimiento de agua en las ventosas Dakotas. Carolyn... si se hubiese quedado en su pueblecito habría evitado varios años de tragedia. Eso era válido para casi la mitad de la gente que trabajaba en el negocio del espectáculo en Broadway. Debían haberse quedado en casa.

En la jerga de Broadway, Hardin estaba llevando la antorcha de Carolyn Williams. Volvió a pensar en su expresión. Broadway se las arreglaba para vulgarizar cualquier sentimiento humano, o de un sentimentalismo enfermizo. En Broadway uno no podía desear a una mujer. Uno tenía que llevarle la antorcha. Quizás deseaba a Carolyn porque en ella había una cualidad de frescura, de integridad, tan rara en Broadway como el olor del elefante. Quizás... porque Carolyn era pequeña, dulce, suave, vivaz. No todas las mujeres de Broadway parecían mujeres. A veces parecían maniqués con sus piernas largas, sus facciones delgadas, sus ojos sombreados hacia arriba para darles la expresión de cervatillos asombrados.

Era curioso... al pensar en Carolyn, la relacionaba con pueblecitos de la pradera, y, sin embargo la había encontrado, por primera vez en un bar maloliente de una callejuela. Su cara hinchada, y sus ojos enrojecidos, denunciaban su disipación. La había mirado porque el rostro le resultó familiar. Años atrás la había visto en el teatro donde triunfaba como ingenua. En aquel momento no pudo asociarla con esa mujer que bebía con la frenética dedicación de una alcoholista. No vió en ella a la joven que había estado rodeada de reflectores.

De pronto lo interpeló:

—¡Oiga! ¿Qué me mira? —y prosiguió—. No me gustan los bares porque la gente como usted anda siempre mirando. Por eso me llevo la botella a casa y bebo a solas. Es la última etapa, cuando ya no se tiene remedio, ¿no es así? Beber sola y detrás de una puerta con llave...

Luego de su desafiante explosión charlaron, y Bart supo quién era. Había tenido un marido, un actor joven y buen mozo al que quiso mucho, muerto en Corea. Luego de eso ya nada le importó. Empezó a beber; pronto entró en la lista negra de los agentes y promotores, y no hubo más papeles. Siguió bebiendo. Por lo general, a solas.

Hardin había capitaneado una compañía de marinos en Corea. Ése, quizás, fué el primer lazo entre ambos. Siguió viéndose con ella, pero nunca pudo ubicarla en el papel que ella había elegido. Cuando bebía demasiado, le parecía que no era muy real. Quizás... una especie de disfraz, como una nena vestida con las ropas de su madre, con los cosméticos de su madre.

De pronto (hacía ya más de un año) Carolyn dejó de beber. Se detuvo en seco y trató de reunir los jirones de su juventud. Es muy duro dejar de vivir cuando se tiene menos de treinta años, le confesó, aunque se intente hacerlo por todos los medios. Fué a las reuniones de *Alcoholistas Anónimos* con regularidad y aceptó los trabajos que le ofrecieron, esperando con optimismo la revelación, el triunfo, el instante fabuloso para el que todo Broadway parece vivir. Pero no hubo triunfo. Había pasado más de un año.

Durante ese año, Carolyn le había mostrado la ciudad, esa parte que está a la vuelta de la esquina de Broadway, es parte de cuya existencia apenas tenía noticias. Ella amaba a los árboles, las rocas, las pequeñas colinas del Parque Central. Habían pasado muchas horas caminando por los senderos, cenando en la Taberna del Green, riéndose de los osos polares que se revolcaban en el zoo. Para Bart era una nueva experiencia: cortejar a una muchacha, y cortejarla al aire libre. Porque en Broadway se flirtea en clubs nocturnos llenos de humo, en departamentos apenas iluminados.

Todas las mañanas, al mirarse en el espejo, se decía que él no era su tipo. Su cara flaca, huesuda, se prolongaba en su cuerpo estirado. Por momentos, las triangulaciones de su estructura le conferían un aspecto melancólico, efecto que se acentuaba en forma considerable por la presencia de su nariz rota. La vida en Broadway le había tejido una red de arruguitas junto a los ojos. Su cabello rubio era tan claro que parecía haberse encanecido prema-

turamente por la vida de fanfarronería de la Gran Avenida. Apenas tenía treinta y cinco años, pero se sentía muy viejo cuando estaba con la muchacha de Dakota. No, no podía ser su tipo...

Cuando Hardin pasaba por Madison Square, una figura cadavérica, de espantapájaros, salió del vestíbulo y lo tomó por el hombro.

—¡Lo pesqué! —chilló alegremente—. ¡Esta vez no se me escapa, señor Hardin!

La figura llevaba ropas negras un poco flotantes que parecían vagamente clericales. No tenía sombrero, y sus cabellos oscuros, largos hasta la nuca, danzaban como hebras en la brisa de abril. Bajo la frente rústica dos ojos oscuros brillaban con intensidad en una cara esquelética. Hardin reconoció en el exuberante espantapájaros al profesor Tara, uno de los numerosos chiflados de Broadway, que afirmaba ser el Mejor Consultor Astrológico del Mundo.

—Hola, profesor —le dijo con tono amable—. Parece que anda disfrutando del aroma de elefante.

—¡Así es, señor Hardin! ¡Así es! —exclamó el profesor—. Los circos tienen olores buenos, familiares. Yo soy un viejo carnicero. En el Big-Show tuve un número de variedades de segundo orden durante años y años... Señor Hardin, estuve una docena de veces en su oficina, pero nunca pude llegar más allá de la joven desfachatada... ésa del sweater... ¡la telefonista!

Bart sonrió:

—Berta es la mejor perra guardiana de la Gran Avenida —contestó.

—¡Pero esto es importante, señor Hardin! Hace tiempo le pregunté si se podría publicar una columna astrológica en el *Broadway Times*, porque casi todos, en el negocio teatral, creen en la influencia de los astros. Y usted no tuvo interés. Pero hace dos semanas tuve una idea. ¡Es algo revolucionario, señor Hardin! ¡Tiene que escucharme!

–Tiene razón –contestó Hardin–. Pero ahora tengo que trabajar. Caígame por la oficina en cualquier momento.

Las zarpas del profesor Tara estaban aferrando las solapas del saco deportivo. Exclamó:

–¡Por favor, señor Hardin! No me eche. Por lo menos hasta que me haya oído. He analizado la circulación de su periódico y advertí que la mayor parte de sus lectores juegan a los caballos. Quieren las performances pasadas, las posibilidades, las selecciones. Por esas cosas compran el periódico. ¡Señor Hardin, quiero elegir caballos por astrología! ¡Quiero hacer el horóscopo de todos los caballos que están preparándose para determinar qué oportunidad tendrán cuando intervengan en una carrera!

Bart lanzó una carcajada.

–Ahora hay más o menos quince mil caballos en preparación, profesor –le aclaró.

–¡No importa! Igual me pondré a trabajar. El único problema está en que, debido a las diversas edades de los caballos, y para evitar complicaciones en las fichas, todos ellos figuran nacidos, oficialmente, el primero de enero. Tengo que saber su verdadero día de nacimiento, señor Hardin. Y ese dato figura en las fichas del Jockey Club. Si usted escribiese unas líneas al Registro del Jockey Club me daría acceso a esos datos. Eso es todo lo que quiero. En pago, le daré una opción exclusiva al editorial más sensacional que haya aparecido desde las tiras cómicas...

Con suavidad, Hardin apartó de sus solapas las garras del otro:

–Vea, profesor –le dijo–. Ése no es mi departamento. Vaya a ver a Pops Taylor, nuestro cronista de hípicas. Le diré que lo espere.

Hardin sonreía mientras se alejaba rumbo al cuartel de bomberos del siglo pasado, que había sido la sede del *Broadway Times* durante quince años. Pops Taylor ya tenía que estar acostumbrado a los locos de Broadway.

Berta, la telefonista, lo saludó como de costumbre, haciendo resaltar su busto ceñido por el *sweter* y batiendo sus pestañas artificiales.

—Hoy tiene una linda sorpresa, señor Hardin —le dijo—. Una joven hermosa lo está esperando en su oficina.

Berta parecía en el colmo de la felicidad. Leía novelitas de amor y por eso tenía un interés posesivo por los aspectos románticos de la soltería de Hardin.

Pensó: otra actriz de variedades que querría su foto en el periódico.

Carolyn Williams lo estaba esperando.

Se puso contento al reconocer a su visitante, quizá por el perfume de rosa de su *Joy* de Patou. Había pagado cincuenta dólares por una onza, luego de ganar a los caballos. Pero también se puso contento porque Carolyn llevaba un bolso de seda, con una flor de lis bordada, otro costoso regalo reciente. Lo habían visto, un domingo, en una vidriera de modas de la Quinta Avenida. Ella dijo que casi hacía juego con el chaleco de fantasía que llevaba Hardin. Los chalecos de fantasía eran una de sus debilidades en el vestir. Despreciaba los trajes que llevaba la mayoría en Broadway pero hacía años que, irónicamente, había adoptado los chalecos de fulleros de vaporcitos como una marca de individualidad para la Gran Avenida, donde la apariencia destellante importa más que la verdad interior.

La menuda y esbelta figura de Carolyn estaba apretada dentro de un vestido de seda gris. Un tonto sombrerito se apoyaba sobre sus cabellos castaños. Estaba extremadamente radiante en aquella clara mañana de primavera. Cuando entró, ella estaba charlando con James Lennox, un viejo actor retirado que Bart empleaba como «secretario», designación bastante dudosa porque Lennox no sabía ni taquigrafía ni dactilografía, y se pasaba la mayor parte del tiempo sacando punta a los lápices o escribiendo recuerdos de una época pasada, mucho más graciosa que el Broadway presente, aunque sus breves líneas po-

cas veces aparecían impresas en las abigarradas páginas del *Broadway Times*. El viejo Lennox, ese hombrecillo frágil, le dió la impresión de un chiquillo que ha hecho un alegre descubrimiento, y que está radiante por ello.

Ya dentro del pequeño cubículo que hacía las veces de oficina editorial del periódico, Lennox fué el primero en hablar:

—¡Carolyn tiene una noticia maravillosa que darte, Bart! —exclamó—. Voy a salir para que pueda informarte en privado.

Se marchó, y Bart sonrió a la muchacha:

—Hola, preciosa. Estás casi tan linda como tu aroma. ¿Qué pasó? ¿Ganaste el Premio Irlanda?

—En cierta forma me parece que sí, Bart —contestó Carolyn—. ¡Querido, tengo una oportunidad! Volveré a las tablas, y voy a hacer tanto, pero tanto dinero, que me parece que podré pagar hasta lo que pierdas en el juego.

Bart colgó su saco y su sombrero en el perchero y se sentó en un sillón giratorio, al otro lado del escritorio, que se veía lleno de golpes, desgastes y raspaduras. Le señaló una silla que estaba a su lado.

—¿Recuerdas la carta que me diste para Swanson, el director de programaciones en *United Broadcasting*, Bart? ¡Sirvió! La cosa pasó hace varias semanas, pero todavía no te lo había dicho porque temía que fuese a resultar otro desencanto. United va a reponer uno de los éxitos radiales en la TV. Es una bonita comedia diaria, con cierto contenido, llamada «Esposa del suburbio», que se trasmite por radio desde hace varios años. Pensaron que tendría el mismo éxito en la TV. y me contratan para que haga de Harriet Haynes, la *Esposa del suburbio*. Swanson dice que yo tengo el tipo de la mujer solitaria, bonita. No creo que paguen un salario de televisión, pero para mí es simplemente astronómico. Empezamos los ensayos y haremos una función de prueba dentro de dos semanas. Oh, Bart, ¿no es demasiado maravilloso?

Se levantó impulsivamente, lo abrazó y le dió un beso en la boca. Se sobresaltó al ver la puerta abierta y exclamó:

—¡Dios, espero no haber asombrado a los chicos de la otra oficina!

Hardin rió.

—Hay que hacer bastante para poder asombrar a los reporteros que se ocupan de Broadway y de las carreras de caballos —comentó—. ¿Qué tienes que hacer esta noche? Te pasaré a buscar en cuanto el periódico salga a la calle, y nos iremos a celebrarlo. Prefiero el whisky irlandés al champán, pero esta noche me beberé una copa de burbujas para respetar la tradición.

Carolyn le contestó:

—Yo puedo beber ginger ale. También tiene burbujas. Tengo que irme, Bart. Te veré esta noche. Aunque... todavía tengo algo importante que decirte. Nunca lo hubiera conseguido sin tu ayuda.

Hardin se puso de pie, le sacudió los hombros y la empujó suavemente hacia la puerta.

—Fuera de aquí —le dijo—. Tengo mucho trabajo y tienen que venir algunas chiquilinas como tú. Vamos, a casa... a pensar cómo es una linda esposa suburbana.

Poco después de su partida, la telefonista entró en la oficina; parecía aturdida, pero eso no era raro, pues Berta parecía vivir en perpetuo estado de aturdimiento.

—Señor Hardin, no sabía qué hacer; estaba parado a mi lado y podía haber oído cualquier cosa que le dijese por el teléfono. Por eso dejé zumbando la clavija y entré cuando se fué esa hermosa joven.

—¿Quién estaba parado a tu lado, Berta? —le preguntó con tono paciente—. ¿Alguien que vino en un plato volador? Estás completamente alterada, muchacha.

—¡Estoy tratando de explicar, señor Hardin! ¡Es ese... Billy Beecher! ¡Dice que quiere hablar con usted!

Los ojos de Hardin se entrecerraron. Billy Beecher era redactor de una columna de chismes, cuyo contrato con el periódico había expirado hacía unos meses sin haber sido renovado. Durante una década, Beecher había sido uno de los más viciosos espías de escándalos del mundo de la prensa. Hardin lo aborrecía y Beecher no había desperdiciado oportunidad para asaltarlo en los periódicos, haciéndolo víctima, con la menor excusa, de libelos y acusaciones veladas. De acuerdo con los rumores de la Gran Avenida, Beecher se arruinó al expirar su contrato. Había ganado mucho dinero, pero lo había gastado. Además había fracasado con unas inversiones. ¿Por qué habría venido? De pronto se dió cuenta. La explicación podía ser muy simple. Miró, con los ojos bien abiertos, a la pobre Berta. Beecher debía haberse tragado su orgullo. Ahí estaría, sombrero en mano, para pedir un trabajo. Hardin no tenía trabajo para él, pero no admitía la idea de patear al caído aunque fuese alguien como Beecher.

—Hazlo pasar, Berta. Beecher ya no muerde.

Cuando entró a la oficina, su sombrero no estaba en su mano. Lo llevaba puesto, ladeado, según su costumbre, y no se lo quitó al murmurar:

—¿Qué tal, Hardin?

Se sentó sin esperar invitación. No parecía un hombre que se ha tragado su orgullo. Parecía un gato que se ha tragado el canario. Era un hombre pequeño y nervioso. Tenía el pelo rubio dorado, y según los rumores, se lo teñía con regularidad; contrastaba demasiado con su cara ajada, sonrosada por los masajes del peluquero, entrecruzada por una red de arrugas y de patas de gallo. Llevaba un agresivo traje de Broadway. Parecía tan seguro de sí mismo como siempre. No se notaba que le pesase la falta de empleo. Hardin empezó a arrepentirse de haberlo dejado entrar, pero sentía curiosidad por saber el motivo de su visita.

Beecher no lo dejó en la duda. Luego de unos cáusticos comentarios sobre la estrechez del lugar le dijo que no había venido por trabajo. Había venido a ofrecerle un trabajo.

—Supongo que conoces la revista *Blush*^[1], ¿no es así? —le preguntó—. Creo que todos la conocen en este momento. Tiene mayor circulación que cualquier otra publicación.

Hardin le contestó:

—Las porquerías siempre se venden bien, según tengo entendido.

Blush tenía ya tres años de existencia. Era una revista escandalosa, que revolvía inmundicias, que se ocupaba, casi exclusivamente, de las vidas privadas de los personajes vulnerables de Broadway y de Hollywood. No mezquinaba detalles, incluía las más íntimas revelaciones sobre la vida sexual de sus víctimas, y estaba ilustrada con las fotografías más pornográficas que jamás se entregaron a un grabador.

—Llámalo porquería, si te gusta —le respondió el otro—. Yo lo llamo dinero. Dinero grande. Estoy por compartir la propiedad de *Blush*, Hardin. Nunca me estimaste. Tampoco tú me gustaste demasiado, pero negocios son negocios. Vengo a proponerte un trato. Te ofrezco un arreglo.

Hardin lo miraba con incredulidad. Le parecía imposible que Beecher pudiese llegar a compartir algo como *Blush*. Había sido una veta de oro desde su aparición. Una amarga conclusión, de paso, sobre el gusto literario de una gran parte del público americano. Se decía que era propiedad de un individuo pequeño y desabrido, llamado Holton Krayle, que también la administraba, y que alguna vez había tenido que ver con publicaciones que demostraban un odio indiscriminado rayano en la locura en sus ataques a judíos, a negros, a católicos. Cierta vez, muchos años atrás, Krayle había sido procesado por imprimir literatura pornográfica en una imprenta oculta en un sótano, en el pueblo de Greenwich. Ahora era rico, gracias, exclu-

sivamente, a lo producido por su hoja escandalosa. De acuerdo con los informes, *Blush* era una corporación cerrada. Se decía que Krayle había sacado la revista con sólo un par de cordones de zapatos, y estaba decidido a guardarse todas las ganancias. Hasta un pedacito de *Blush*, puesto en venta, daría enorme cantidad de dinero. Quizás Beecher no se arruinara al expirar el contrato. De todos modos, no podía tener la suma necesaria para ser copropietario de *Blush*.

Beecher parecía molesto:

—Basta de dudas, Hardin —le dijo—. Si Beecher te dice que es cierto, es cierto. Estoy firmando los papeles que me convierten en copropietario a partir de las tres de la tarde de mañana. Oíste decir que Beecher estaba arruinado y te preguntas dónde conseguí el montón de dinero. Muy bien. Lo que dicen es cierto. Tuve mucho y gasté mucho. No se puede comprar a *Blush* con dinero, pero le estoy dando a Krayle algo más valioso.

—¿Qué? —le preguntó Bart.

—Lo mismo que quiero comprarte. Información. De eso vive *Blush*. Información. Krayle no tiene reporteros. Sólo tiene gente que vuelve a escribir las cosas. Su equipo de noticias proviene de policías que dicen algo, de botones que espían por el ojo de la cerradura, de encargadas de prostíbulos, detectives privados que violan la confianza de sus clientes por dinero, abogados inescrupulosos que actúan de igual manera. Quizás no lo creas, pero hasta tiene un psiquiatra en su equipo. La gente se tira en el sofá del doctor, y lo que le dicen aparece en *Blush*. Es toda una organización, Hardin. Casi la mitad de la gente de Broadway y de Hollywood está dedicando una parte de su tiempo a Krayle.

Los delgados y descoloridos labios se torcieron en una sonrisa, y se asomaron unos dientes demasiado blancos para ser naturales.